



Relatoría

CONSENTIMIENTOS

DISIDENTES

**ESPACIOS, AFECTOS
Y PRÁCTICAS QUEER**

I PRACTIQUES

LIBRES

JUNT@

TU-YO

YO-TU



simpatia



SENSE
PARAULES NO
COMUNICACIO
HI HA ESPAI
PER LA CONNEXIO

Gràcies per
crear l'espai
per conèixer-nos
i reflexionar
junt@s ☺

QUEER

Que bon
venir a parlar
amb altres de
prega!

Y quien me va a
querer a mi?!

Wvaw

MAGDA
GUAPA
TKM ♡

Eli
GUAPA
TKM

Gracias Por
Ser
RE-SISTENCIA...
↓
<CONTRIBUIMOS>

CUERPOS QUE ESCUCHAN Y ESPACIOS QUE CONSIENTEN



Los días 20 y 21 de noviembre, el Centro LGTBI de Barcelona se convirtió en un espacio de encuentro para pensar colectivamente el consentimiento desde las disidencias. En el marco de la VI Jornada Anual del Centro, las jornadas *Consentimientos disidentes. Espacios, afectos y prácticas queer* abrieron un espacio de reflexión crítica a partir de las experiencias queer, que desplazan el relato normativo del consentimiento y proponen otras maneras de entender el placer, el riesgo, el juego y la agencia. A través de conversaciones compartidas y prácticas corporales, el cuerpo se convirtió en punto de partida para explorar cómo el consentimiento se construye en relación con los espacios, los afectos y los deseos. Este encuentro fue organizado por el Centro LGTBI de Barcelona, en colaboración con Zonas grises y el Grupo de Investigación Cuerpo y textualidad de la Universidad Autónoma de Barcelona.

El ambiente, antes incluso de que empiecen las palabras, ya dice cosas. Nervios contenidos, expectación sostenida. Fuera hace frío; dentro de la sala, un calor denso, de cuerpos que se acumulan y que tienen ganas de escuchar, aprender, reflexionar y abrir nuevas miradas. El Centro LGTBI —espacio municipal gestionado por la Plataforma LGTBI— aparece no solo como contenedor sino como posicionamiento político: es un placer y una responsabilidad poder tener estos debates en el Centro LGTBI, cincuenta años después de la muerte de una dictadura, **celebrando**

la disidencia, pero sin olvidar lo que implica sostenerla.

La sala está cuidada. Las sillas se llenan rápidamente. En el escenario, el rojo intenso de la presentación y de las sillas contrasta con el negro del cartel. Público mayoritariamente joven —entre los 20 y los 40 años—, libretas abiertas, bolígrafos preparados. Hay una espera de veinte minutos antes de que comiencen las jornadas; la expectación no decae, se espesa. Las primeras filas están reservadas a ponentes, pero la sensación no es jerárquica, sino de atención compartida.

La jornada no solo habla de consentimiento: lo practica en los márgenes. En la entrada de la sala hay la posibilidad de ponerse una pegatina roja si no quieres aparecer en las fotos: una idea sencilla pero significativa, que **sitúa el consentimiento antes de empezar**. Hay interpretación en lengua de signos catalana a cargo de Fetes a Mans, para recordar que hablar de accesibilidad obliga a pensar también en todas las personas. Hay un “espacio calma”, para poder salir, respirar y regularse. Y otra sala con café y desayuno vegano, de calidad excepcional, que desborda las expectativas y recuerda que el cuidado también pasa por el cuerpo cansado y por el estómago. Pósteres con notas adhesivas invitan al público a dejar reflexiones para la relatoría gráfica: un gesto más para romper la frontera entre tarima y platea. En este contexto, las palabras no caen en saco roto.

La VI Jornada Anual Consentiments Dissidents abrió un espacio de reflexión colectiva necesario e incómodo sobre el consentimiento en un mundo atra-



vesado por identidades diversas y, al mismo tiempo, marcado por desigualdades estructurales, silencios educativos y experiencias queer a menudo invisibilizadas. Desde el inicio, la jornada situó el debate lejos de las certezas fáciles, asumiendo que el consentimiento no es una fórmula cerrada, sino un proceso frágil, contextual y lleno de matices.



CUESTIONANDO EL CONSENTIMIENTO ENTUSIASTA



Con Trevor Hoppe

La conferencia inaugural de **Trevor Hoppe**, profesor asociado de Sociología en la Universidad de Carolina del Norte Greensboro y coautor del libro *Unsafe Words: Queering Consent in the #MeToo Era*, puso una imagen que atraviesa toda la jornada: consentir a tientas, desde la oscuridad. No como irresponsabilidad, sino como reconocimiento honesto de que muchas prácticas sexuales —especialmente queer— se han construido sin lenguaje, sin educación, sin mapas previos. El sexo *no es un espacio de control absoluto, sino de experimentación, vulnerabilidad y aprendizaje continuo*, insistió Trevor.

Desde esta perspectiva, Hoppe cuestionó la centralidad y universalidad del modelo de **consentimiento entusiasta**¹, assenyalant-ne l'origen blanc, heterosexual i señalando su origen blanco, heterosexual y normativo. Sin negar su utilidad política y educativa en contextos marcados por la misoginia y

la violencia estructural contra las mujeres, advirtió del riesgo de imponerlo como estándar universal en identidades fuera de la norma heterosexual. Hacerlo puede invisibilizar prácticas sexuales queer en las que el deseo, el riesgo, el silencio o la no verbalidad forman parte del juego consensuado, y puede confundir experiencias eróticas legítimas con agresiones. El consentimiento, aquí, no es contrato, sino negociación viva, frágil y situada.

Una de las ideas clave que atravesó la conferencia fue que **el consentimiento no es un contrato puntual, sino una negociación viva entre cuerpos, deseos, miedos y límites cambiantes**. Decir “sí”, decir “no” o decir “para” no siempre es fácil, ni verbal, ni inmediato. A menudo se expresa con gestos, miradas, silencios o desplazamientos del cuerpo. Y eso no lo hace menos real, sino profundamente situado.

¹ Consentimiento entusiasta: Concepto relacionado con las relaciones sexuales y afectivas que significa que todas las personas implicadas han dado su permiso de manera clara, libre y con ganas de realizar una determinada acción. No es solo “no decir que no”, sino expresar de forma positiva y voluntaria que se quiere participar en la acción.

Nuestros cuerpos y nuestras palabras no siempre van al mismo ritmo. Hay deseos que solo se descubren en el hacer, límites blandos que pueden explorarse con confianza y líneas duras que deben respetarse sin ambigüedades. De ahí la importancia de herramientas desarrolladas históricamente en comunidades **queer**² y **kinky**³ —como las palabras de seguridad, la negociación previa o los códigos compartidos— que permiten jugar con el poder sin perder la capacidad de detenerse.

Al mismo tiempo, la intervención de Trevor no idealizó estos espacios. Subrayó que **el consentimiento no es solo individual, sino también comunitario**. Los espacios sexuales compartidos funcionan cuando hay normas implícitas conocidas, pero pueden volverse violentos cuando esas normas no se enseñan ni se acompañan. Esto abre la puerta a pensar responsabilidades colectivas: ¿cómo se transmite el “guion”? ¿Quién cuida cuando alguien lo rompe? ¿Cómo se repara el daño?

Otro eje fundamental fue **la crítica a las respuestas exclusivamente punitivas a la violencia sexual**. Sin minimizar el daño ni la necesidad de responsabilidad, se puso en duda que el sistema penal —históricamente hostil para muchas personas queer, trans y racializadas— pueda ser la única garantía de seguridad. Frente a ello, se reivindicaron **estrategias comunitarias de cuidado**, redes de apoyo, educación sexual realista y mecanismos de rendición de cuentas que no reproduzcan la criminalización.

Trevor cerró su intervención con una invitación clara: dejar de buscar respuestas universales y apostar por herramientas diversas, adaptadas a los contextos y a las comunidades. Si el sexo a menudo ocurre en la oscuridad, el reto no es iluminarlo todo con focos normativos, sino **aprender a movernos mejor** en ella, con más lenguaje, más confianza, más educación y más cuidado mutuo.

Pensar el consentimiento, así, no es solo evitar el daño, sino **crear las condiciones para que el placer sea posible, compartido y digno**. Y eso, como se hizo evidente a lo largo de la jornada, es una tarea colectiva, inacabada y profundamente política.



- 2 Queer: Describe a una persona cuya identidad de género se sitúa fuera del binarismo tradicional hombre/mujer.
- 3 Kinky: Describe prácticas, conceptos y fantasías sexuales no convencionales.

SUDORES Y PACTOS: TEJIENDO DESEO EN ESPACIOS TRANSFEMINISTAS Y DE SEXO BOLLO Y +





Con E/Urko, Bolleras al Vapor, La Mala y Alba Pons Rabasa

Las mesas posteriores no buscaban definir el consentimiento, sino mostrar sus grietas, mostrar cómo se practica, cómo se inventa, cómo se negocia y cómo falla. En la primera mesa redonda se reivindicaron las genealogías bolleras y transfeministas, con voces como E/Urko, que trabaja en torno a la postpornografía⁴, el deseo y los lugares de encuentro entre corporalidades no normativas desde la disidencia sexual; La Mala, BDS-Mera disidente *sex-positive/pro-sex*⁵, del colectivo Hijxs de Puta, que organiza unas jornadas BDSM Transfeministes en Barcelona; o Bolleras al Vapor, colectivo lesbotrans-

feminista que reivindica políticamente la promiscuidad desde la alegría. Desde estos posicionamientos emerge **una concepción claramente colectiva**: el consentimiento no sucede solo entre dos personas, sino entre cuerpos, espacios, códigos, arquitecturas y comunidades. Las saunas, las *play parties*⁶ o las jornadas kinky⁷ no prometen seguridad total, sino **responsabilidad compartida**: mecanismos para parar, para escuchar y para reparar. Erotizar el límite no corta el deseo, lo hace posible. Pero eso se aprende, se entrena y se practica.

4 Postpornografía: Corriente artística, política y cultural que replantea la pornografía tradicional para cuestionar cómo se representan el cuerpo, el sexo, el deseo y el poder. Es una crítica al porno comercial desde una mirada feminista, queer y disidente.

5 Sex-positive/pro-sex: Movimiento que defiende la sexualidad como una parte natural y potencialmente positiva de la vida, siempre que se base en el consentimiento, el respeto, la información y el bienestar de todas las personas implicadas. Defiende la libertad sexual, la diversidad de identidades y prácticas, el derecho al placer y a la educación sexual, y rechaza la culpa, la vergüenza y el juicio moral sobre conductas sexuales consensuadas.

6 Play parties: Evento vinculado al entorno BDSM en el que las personas asistentes socializan con gente con intereses similares y participan en actividades BDSM. Suele haber una zona para beber y socializar, una zona para cambiarse de ropa y una zona de juego BDSM.

BDSM: Acrónimo de Bondage, Disciplina i Dominació, Sadisme i Masoquisme, totes elles pràctiques sexuals considerades no normatives.

7 Jornadas kinky: Jornadas dedicadas a prácticas sexuales kinky, en las que no solo hay espacios para el sexo, sino también para charlas o talleres en torno a diferentes temáticas relacionadas.

Lo que se puso en el centro no fue tanto el consenso como acuerdo, sino el consentimiento como **proceso vivo**, situado, frágil y profundamente político. **Las estructuras nos han enseñado quién puede proponer, quién puede decir que no, quién puede desear y quién debe esperar a ser una persona deseada.**

Los espacios descritos —como las jornadas kinky transfeministas, las saunas bolleras, los talleres o las *play parties*— no prometen riesgo cero. Prometen **predisposición a escuchar**, mecanismos para detener, personas presentes y herramientas para reparar. Y eso desplaza radicalmente la idea de “espacio seguro” hacia un “espacio responsable”, capaz de asumir el conflicto y el malestar sin negarlos.

También apareció la **reflexión sobre lo rural y lo urbano** en el deseo y en lo que es posible. Hay una necesidad persistente de inventar espacios cuando estos no existen para las bolleras. Barcelona apareció no como un paraíso, sino como un campo de posibilidades tensionadas: una ciudad donde han sido posibles ciertas cosas gracias a un momento histórico, pero también una ciudad atravesada por leyes cívicas, expulsiones, resistencias y conflictos. La mesa insistió en una idea clave: poner límites no corta el rollo, lo hace posible. Pero esto no es intuitivo; es aprendido, entrenado, ensayado. Muchas personas —especialmente FLINTA⁸— arrastran una educación basada en la complacencia, en el silencio, en no molestar. Frente a ello, los espacios transfeministas no solo proponen prácticas sexuales disidentes, sino **alfabetizaciones del deseo**.

Negociar, hablar en voz alta, dar tiempo, facilitar el no, hacer propuestas claras y no sutiles: todo esto aparece como una pedagogía política. **El consentimiento no solo protege, sino que expande.** Permite llegar a lugares más intensos, más delimitados, más transformadores.

Pero también aquí aparecen preguntas sin respuesta cerrada. Alba Pons Rabasa, moderadora de la mesa, bollera, docente e investigadora transfeminista, artífice del #To-QueerLAB, lanzaba la cuestión:

¿Cómo aprendemos a escuchar nuestros propios límites cuando nunca nos han enseñado a preguntarnos qué queremos? ¿Cómo sostenemos el malestar cuando, a pesar de haberlo pactado, algo nos desborda?

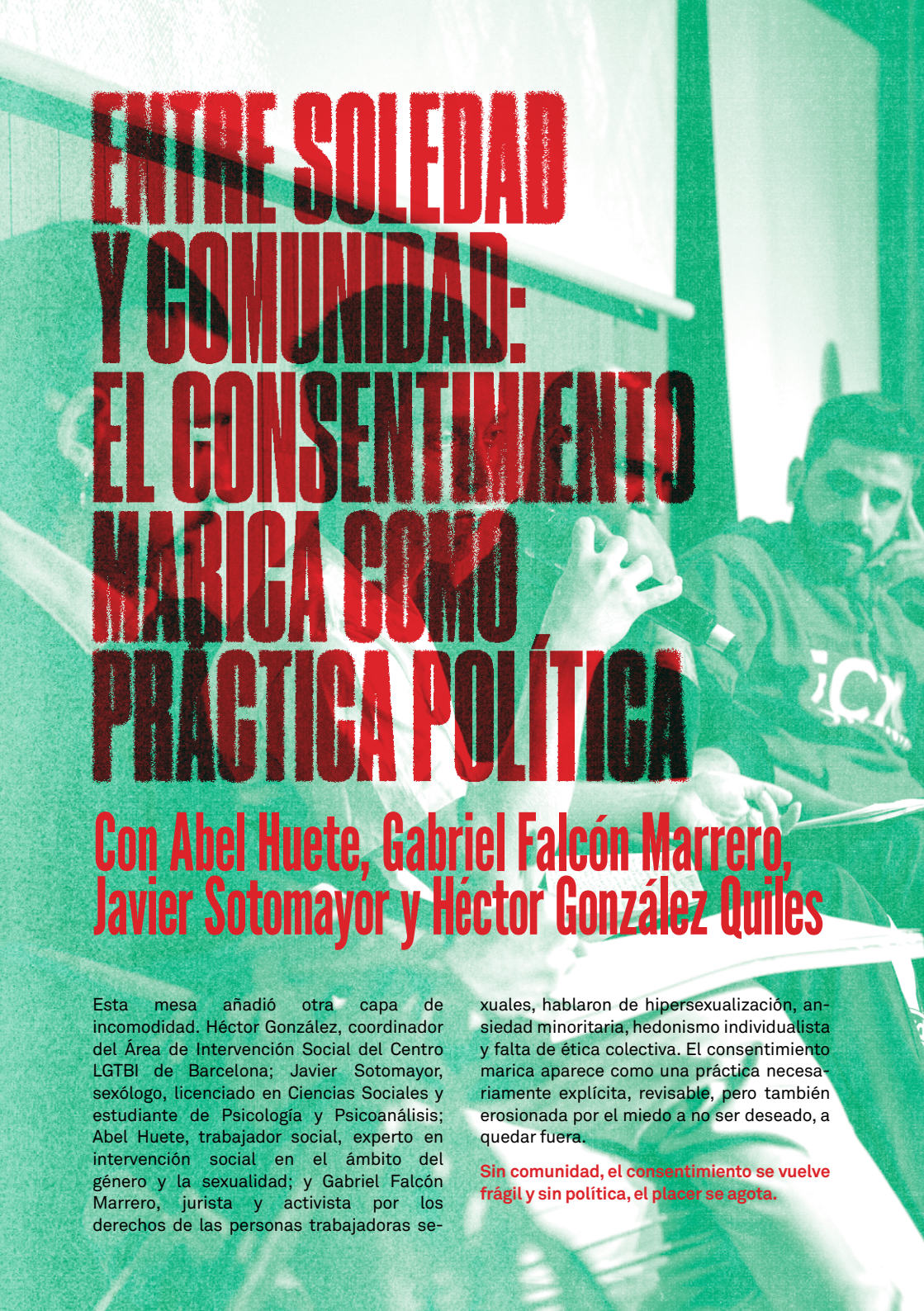


⁸ FLINTA: Acrónimo utilizado en contextos feministas y queer, especialmente en Alemania y Europa central, para referirse a colectivos que no están formados por hombres cisgénero. El acrónimo significa mujeres, lesbianas, personas intersexuales, personas no binarias, personas trans y personas agénero.

La reflexión no esquivó las carencias. Se habló de la **accesibilidad** más allá del discurso: la dificultad real de encontrar espacios accesibles, las saunas laberínticas y oscuras, las negociaciones en entornos no pensados para cuerpos discapacitados. También se puso sobre la mesa el **racismo y el colonialismo** presentes dentro del BDSM y los espacios de placer disidente.

Quizá una de las ideas más potentes de la mesa es que en estos espacios no solo encontramos sexo, sino **subjetividad política**. Entrar en una sauna bollera, asistir a unas jornadas kinky transfeministas o participar en una performance postporno puede ser una puerta de entrada —o de retorno— al feminismo, a la asamblea, a la comunidad. El placer no aparece como una huida de la política, sino como una forma de habitarla desde el cuerpo, desde la alegría, desde la posibilidad de sentirse una persona deseable, legítima y viva. Pero esto no está exento de contradicciones.





ENTRE SOLEDAD Y COMUNIDAD: EL CONSENTIMIENTO MARICA COMO PRACTICA POLÍTICA

Con Abel Huete, Gabriel Falcón Marrero,
Javier Sotomayor y Héctor González Quiles

Esta mesa añadió otra capa de incomodidad. Héctor González, coordinador del Área de Intervención Social del Centro LGTBI de Barcelona; Javier Sotomayor, sexólogo, licenciado en Ciencias Sociales y estudiante de Psicología y Psicoanálisis; Abel Huete, trabajador social, experto en intervención social en el ámbito del género y la sexualidad; y Gabriel Falcón Marrero, jurista y activista por los derechos de las personas trabajadoras se-

xuales, hablaron de hipersexualización, ansiedad minoritaria, hedonismo individualista y falta de ética colectiva. El consentimiento marica aparece como una práctica necesariamente explícita, revisable, pero también erosionada por el miedo a no ser deseado, a quedar fuera.

Sin comunidad, el consentimiento se vuelve frágil y sin política, el placer se agota.



Esta mesa no partió de la pregunta “¿qué es el consentimiento?”, sino de otra mucho más incómoda: ¿qué hemos hecho los maricas con el consentimiento, el deseo y el cuidado dentro de nuestras propias culturas sexuales? Y, sobre todo, ¿qué queda fuera cuando solo lo pensamos desde el placer, la libertad individual o el marco legal?

Desde el primer momento, **Héctor González** situó el terreno:

hablar de sexualidad marica es hablar de disidencia, de prácticas que nacen en los márgenes, atravesadas por la opresión, pero también por una potencia política enorme.

No se trata de idealizarlas ni de demonizarlas, sino de asumir su complejidad: son espacios de liberación que también pueden contener jerarquías, presiones, violencias y silencios.

Javier Sotomayor puso palabras a una experiencia compartida: crecer en un mundo que nos niega el deseo genera desorientación, ansiedad y, a menudo, hipersexualización. En este contexto, el consentimiento no puede ser una fórmula fija ni un “sí” abstracto, sino una **práctica explícita, flexible, negociada y revisable**.

El consentimiento marica aparece aquí como un ejercicio constante de adaptación: prácticas no normativas, cuerpos diversos, dinámicas de poder, uso de sustancias, espacios públicos reapropiados. Todo ello obliga a **poner la comunicación en el centro** —antes, durante y después— y a asumir que los acuerdos pueden cambiar, que los límites pueden moverse y que el “no” siempre debe ser posible, incluso cuando el deseo estaba presente.

Pero también se señaló una herida estructural: la ansiedad minoritaria. Cuando el deseo está ligado a la necesidad de aceptación, el consentimiento puede erosionarse. No porque no exista, sino porque se negocia desde el miedo a quedar fuera, a no ser deseado, a perder el vínculo.

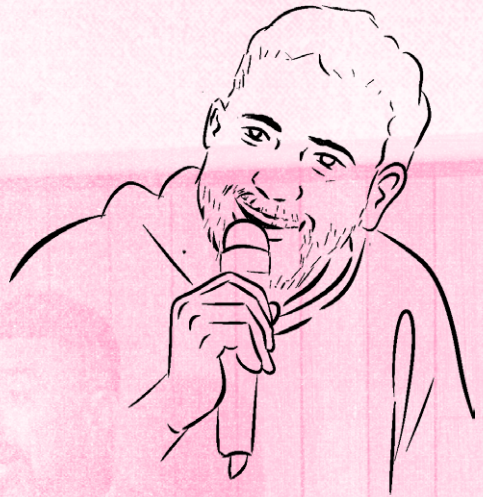
Y aquí se abre una pregunta que atraviesa toda la mesa: ¿cómo consentimos cuando el deseo está atravesado por la precariedad emocional, el estigma o la necesidad de reconocimiento?

Abel Huete introdujo una de las ideas más contundentes de la mesa: **el consentimiento no puede entenderse fuera de una cultura sexual concreta, y la cultura sexual marica actual tiene problemas serios de ética colectiva.**

Sin esencializar, se señaló una deriva hacia el hedonismo individualista, el narcisismo y la desconexión de las violencias estructurales. El placer, desligado de la política, corre el riesgo de convertirse en una nueva norma vacía, en una libertad que no se pregunta a quién deja atrás.

Aquí se recuperó una genealogía feminista —con figuras como Cristina Garaizabal, Itziar Ziga y Laura Macaya— para poner una idea clave sobre la mesa: **los deseos no son el problema; el problema es qué hacemos con ellos.** La ética no debe juzgar el deseo, sino orientar las prácticas. Pero esa ética, si es solo individual, fracasa. Sin construcción colectiva, el consentimiento se vuelve arbitrario, desigual y, a menudo, injusto.

Entonces, ¿qué ética sexual marica estamos construyendo —si es que estamos construyendo alguna— más allá del “yo quiero” y del “todo vale”?



Para Gabriel Falcón, el consentimiento no es un espacio frágil o sagrado, sino un **espacio de experimentación**. Tras una historia de persecución, criminalización y culpa, el consentimiento ha sido una herramienta para recuperar el goce sin miedo. Prácticas como el *cruising*⁹, el sexo grupal¹⁰ o el *chemsex*¹¹ aparecen aquí no solo como formas de placer, sino como **estrategias de resistencia**. Espacios no reglados, no del todo previsibles, en los que el consentimiento no siempre es verbal ni cerrado, pero tampoco inexistente.

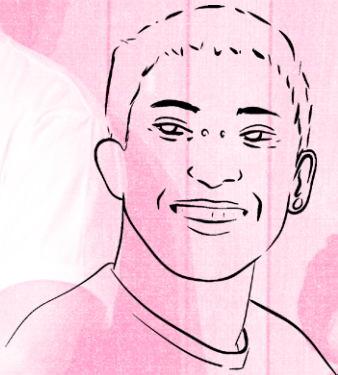
Al mismo tiempo, se lanzó una alerta importante: la pérdida de corresponsabilidad. Cuando el consentimiento se vive solo desde el propio goce, se borra a la otra persona. Y eso no es libertad, es soledad compartida. También se denunció el retorno de una política de la respetabilidad dentro del propio colectivo: la criminalización interna de las prácticas disidentes, el señalamiento moral, la voluntad de ser “aceptables” ante la norma. Porque, en el fondo, ¿a quién sirve que nosotros mismos estigmaticemos nuestras prácticas de deseo?

9 Cruising: Práctica sexual y social que consiste en buscar encuentros sexuales gays anónimos en espacios públicos, como parques, playas o baños. Históricamente, el *cruising* ha sido relevante sobre todo en épocas y lugares donde la homosexualidad estaba perseguida y estigmatizada.

10 Sexo grupal: Práctica sexual en la que participan más de dos personas a la vez, con interacciones sexuales compartidas entre todas o algunas de las personas presentes.

11 Chemsex: Práctica que combina el consumo intencionado de drogas con actividades sexuales, generalmente con el objetivo de alargar, intensificar y desinhibir la experiencia sexual.

Uno de los momentos más densos —y necesarios— de la mesa fue la reflexión sobre las **violencias sexuales entre maricas**. Abel advirtió del peligro de trasladar acriticamente el marco de la violencia machista contra las mujeres al contexto marica, sin tener en cuenta diferencias de socialización y cultura sexual. Negar la violencia no es una opción. Pero tampoco lo es reducirla a relatos punitivistas, victimizantes o irreparables. Se defendió la necesidad de **justicia restaurativa**, de procesos de responsabilización y reparación que no reproduzcan la lógica represiva del Estado —la misma que históricamente ha perseguido los cuerpos disidentes.



La mesa dejó claro que en el mundo marica faltan **espacios propios de enunciación** para hablar de violencia sin copiar marcos ajenos ni caer en el silencio. Es necesario poder hablar de violencias en los espacios maricas sin despolitizar el placer ni criminalizar la disidencia.

Un hilo transversal fue la **soledad**. La falta de comunidad, de redes de apoyo, de prácticas colectivas de cuidado. En contraste con otros espacios transfeministas —especialmente bolleras y trans— se señaló la dificultad del mundo marica para sostener procesos colectivos más allá de la cama. Es decir, cómo nos cuidamos no solo en el sexo, sino fuera de él. Cómo construimos vínculos y cómo reaprendemos la vulnerabilidad. Porque, como se dijo, a los hombres no se les ha educado para cuidar, y la disidencia sexual no desmonta automáticamente la masculinidad normativa.



El consentimiento no tiene sentido sin una ética colectiva, el placer sin política se agota, y la libertad sexual, por sí sola, no nos salvará. Quizá la idea más persistente sea esta: **no podemos pensar el consentimiento solo como una negociación interpersonal**, porque está atravesado por estructuras, historias, desigualdades y mandatos de género.

Y la pregunta que quedó flotando: ¿qué pasaría si los maricas saliéramos de la cama a mirar el mundo que nos rodea y construyéramos juntas una ética del deseo que estuviera a la altura de lo que nos ha hecho sobrevivir?



ALIANZAS DESBORDADAS PARA REPENSAR LOS CUERPOS Y LOS CONSENTIMIENTOS

Con Valentina Berr, Laura Vila Kremer,
Elena Prous y Lucrecia Masson

La pedagogía del deseo no está exenta de carencias. La **accesibilidad real** —para cuerpos discapacitados, racializados, gordos— sigue siendo un reto no resuelto. El consentimiento, cuando se negocia desde la dependencia, la precariedad o la ausencia de alternativas, deja de ser una elección limpia. Este hilo se hizo especialmente visible en la mesa Alianzas desbordadas, moderada por Lucrecia Masson, investigadora transdisciplinar, escritora, artista y activista, donde Laura Vila Kremer, actriz y activista intersexual; Valentina Berr, divulgadora social y escritora que imparte charlas sobre diversidad sexual y de género; y Elena Prous, creadora que trabaja en torno a la discapacidad desde diferentes metodologías como la escritura o las artes escénicas, pusieron en el centro una pregunta incómoda: ¿desde qué cuerpos hablamos cuando hablamos de consentimiento?

El cuerpo no es neutro. Es producido, intervenido, jerarquizado. Laura Vila lo expresó desde la experiencia intersexual: cuando el primer consentimiento es médico, opaco e impuesto, todo lo que viene después queda marcado. El consentimiento no puede separarse de la producción del cuerpo. El consentimiento lleva historia y esa historia pesa en cada encuentro posterior. Elena Prous desmontó el discurso universal desde la discapacidad: **decir “no” no siempre es posible cuando necesitas el contacto para sobrevivir.** Y Valentina Berr situó el consentimiento dentro del **capitalismo del deseo**: cuerpos tolerados pero no deseados, obligados a adaptarse para acceder al amor. Aquí, consentir no es solo una cuestión íntima sino estructural. El amor aparece como una posibilidad frágil, condicional, a menudo atravesada por el miedo a no ser querida.





El consentimiento se pensó también como una cuestión profundamente política y colonial. A partir de las reflexiones que circularon entre Laura, Elena, Valentina y Lucrecia, se hizo evidente que las posibilidades de elegir no son iguales para todo el mundo.

El contexto racial, de clase, de género y de capacidad sitúa los cuerpos en posiciones drásticamente desiguales ante la negociación.

Se habló de cómo determinadas elecciones —como el mestizaje o la proximidad a la blanquitud— pueden aparecer como estrategias para mejorar las condiciones de vida propias o de las criaturas. En estos casos, la pregunta no es solo si hay consentimiento, sino desde dónde se negocia, con qué alternativas reales y con qué cuerpos quedan fuera del marco de la decisión.

Uno de los momentos más impactantes de la mesa llegó con las aportaciones de Elena Prous, que puso en crisis el discurso universal del consentimiento desde la experiencia de la discapacidad. Para cuerpos que no pueden acceder plenamente a su propio cuerpo, la idea de decidir libremente sobre el contacto se rompe. El consentimiento, en estos casos, se construye en una **negociación constante con los cuidados básicos, la dependencia y la necesidad de contacto con otras personas para sobrevivir.** Decir “no” no siempre es posible. Esta realidad obliga a dilatar los límites, normaliza ciertas violencias y genera estrategias de supervivencia como la disociación, que después tienen un impacto directo en la vivencia del deseo.



Este desajuste abrió una pregunta incómoda que quedó flotando: ¿a quién sirven realmente los protocolos y lenguajes habituales del consentimiento?

La reflexión de Valentina Berr permitió situar el consentimiento dentro de un sistema capitalista que asigna valor a los cuerpos según normas coloniales, capacitistas, gordóforas y cisnormativas. El deseo no es ajeno a estas lógicas: capital erótico, capital social, capital cultural.

Muchos cuerpos disidentes aprenden que su deseo vale menos, que deben compensar, corregir o adaptarse para acceder al amor. Son cuerpos tolerados, pero no deseados; aceptados, pero no celebrados. Esta **diferencia entre respeto y deseo** apareció como una herida compartida a lo largo de la conversación.

Frente a este escenario, la mesa propuso un giro fundamental: quizá no se trata solo de ampliar los márgenes para que los cuerpos disidentes encajen, sino de desplazar la pregunta hacia la alteridad. Tal como se planteó colectivamente, es necesario preguntarnos **cómo se ha construido el deseo normativo** y qué cuerpos queremos tener en nuestras vidas, no solo en la cama, sino también en la familia, en la comunidad y en el futuro.

Esta pregunta abre un debate que atraviesa el consentimiento más allá del ámbito sexoafectivo, como una cuestión existencial y política.

A lo largo de la mesa, tanto Elena como Lucrecia pusieron en tensión los límites de las alianzas queer. Se ha hecho mucho trabajo para visibilizar, representar y pensar colectivamente el deseo disidente, pero a menudo estas alianzas se quedan en momentos puntuales: talleres, jornadas, performances.

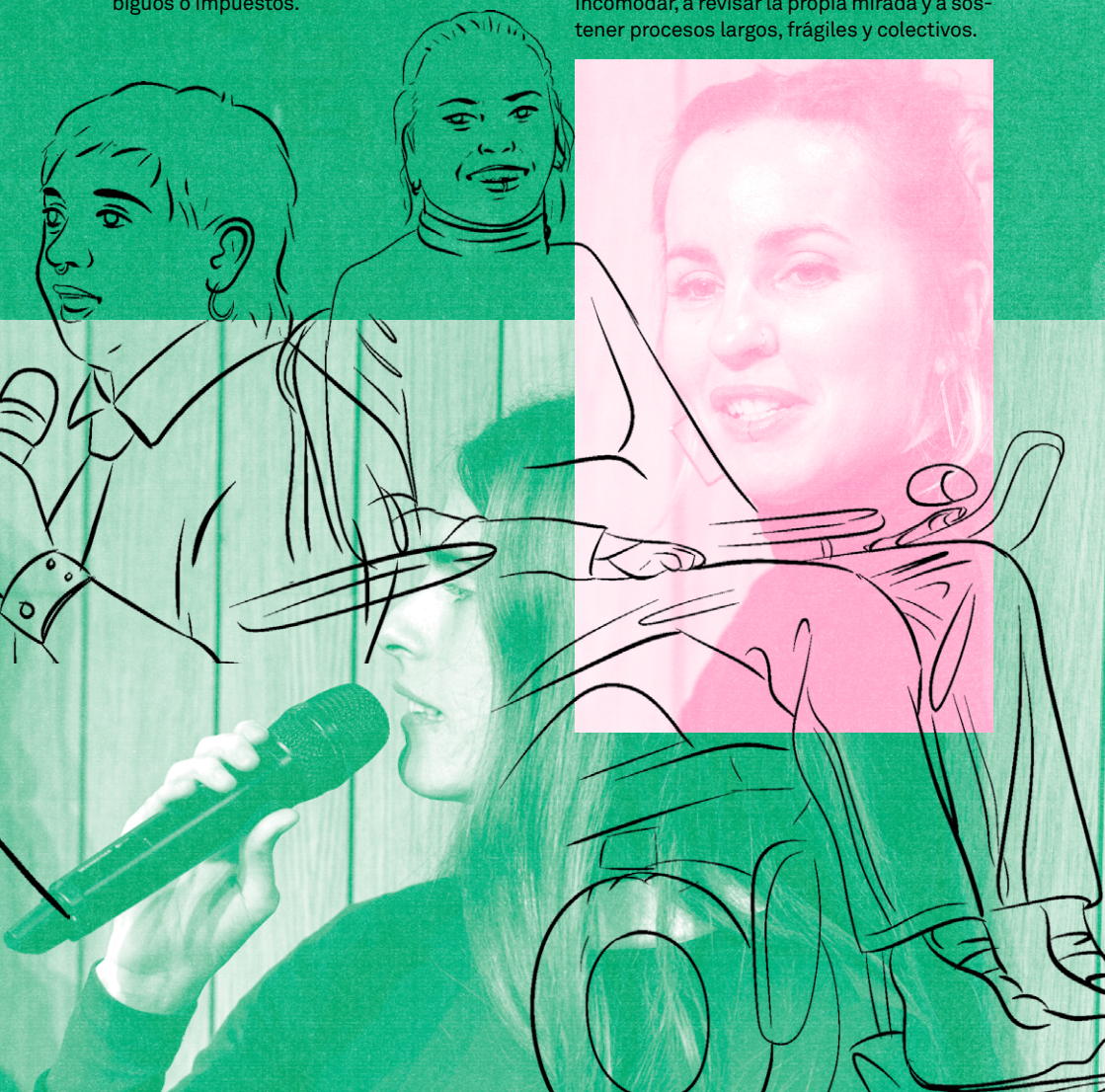


Después, cada cual vuelve a casa con su cuerpo y con las mismas dificultades materiales. Sostener el deseo colectivamente implica ir más allá de la comodidad, redistribuir poder, ceder espacios y asumir incomodidades reales y cotidianas.

Las preguntas del público abrieron nuevos pliegues del debate: cómo moverse entre el reconocimiento de la diferencia como potencia y el riesgo de quedar reducidas a una etiqueta; cómo sostener el miedo y la culpa asociadas a cuerpos intervenidos médicamente, marcados por consentimientos ambiguos o impuestos.

Hacia el final de la sesión, emergió la idea de que quizá **habría que hablar más de consenso que de consentimiento, para escapar de una lógica centrada solo en el límite, el daño y la negociación desigual**. El consenso se esbozó como una posible vía para pensar el deseo desde la relación, el tiempo compartido y la responsabilidad colectiva.

La mesa terminó haciendo evidente una certeza: repensar el consentimiento implica repensar el cuerpo, el deseo y las condiciones materiales de vida. Y eso solo puede hacerse desde **alianzas desbordadas**, dispuestas a incomodar, a revisar la propia mirada y a sostener procesos largos, frágiles y colectivos.



CONTRA EL PÁNICO MORAL:¹³ SEXO, AGENCIA Y ALIANZAS

Con Lucas Platero, Sabrina Sánchez,
Andrea Corrales, Almudena Rodríguez y
Miriam Solá



13 Pánico moral: Fenómeno social en el que un grupo de personas o los medios de comunicación exageran una conducta, idea o grupo como si representara una amenaza muy grande para la sociedad, aunque en realidad no exista un peligro proporcional.



La última mesa situó definitivamente el debate en el campo de batalla contemporáneo. Lucas Platero, docente e investigador, doctor en Sociología y Ciencias Políticas; Almudena Rodríguez, activista del feminismo interseccional; Andrea Corrales, artista-investigadora especialista en políticas sexuales de las imágenes; Sabrina Sánchez, portavoz del Comité Internacional por los Derechos de las Trabajadoras Sexuales en Europa; y Miriam Solá, activista, investigadora feminista y directora del Centro LGBTBI de Barcelona, conectaron consentimiento, sexo y el auge global de la extrema derecha.

Las guerras de género, los pánicos morales, los ataques a las disidencias, al trabajo sexual y a la pornografía no son anecdóticos: son estrategias de control del presente y del futuro.

Frente a ello, los feminismos pro-sex no pueden refugiarse en la respetabilidad. Se necesitan alianzas, narrativas propias y una defensa radical del deseo como cuestión material y política.

Desde el inicio, se puso en relación el consentimiento con la agencia y con las prácticas de las disidencias sexuales y de género, entendidas no solo como identidades, sino como formas de vida y de resistencia. En un contexto marcado por el pánico moral, la extrema derecha utiliza el sexo y las identidades como excusa para reconfigurar el panorama político, reforzar proyectos autoritarios y consolidar desigualdades estructurales.

Una de las preguntas clave que atravesó toda la mesa fue por qué las disidencias sexuales y de género son hoy un objetivo prioritario. Tal como se insistió, para responder hay que ampliar mucho la noción de disidencia sexual. No se trata solo del acrónimo LGBTBI, sino de **todas aquellas prácticas que escapan al binarismo de género, a la heteronormatividad y a la sexualidad hegemónica.**

Aquí se incluyeron el trabajo sexual, la pornografía, el BDSM, el sexo kinky, el sexo interracial, el sexo intergeneracional y muchas otras prácticas que a menudo quedan fuera de los relatos feministas respetables.

Como se señaló con ironía, los armarios de la sexualidad son mucho más grandes de lo que pensamos: para algunas personas es más fácil decir que son gays que explicar que practican BDSM o que han hecho trabajo sexual en algún momento de su vida. Estas prácticas son deslegitimadas sistemáticamente a través de un discurso moral que las presenta como inherentemente no consentidas. Hay cosas —según esta lógica— que una “persona con juicio” no debería consentir jamás. Y cuando eso se impone, el debate queda clausurado antes de empezar.

A partir de ahí, Almudena Rodríguez ofreció un mapa preciso de la guerra cultural antigénero, situándola en un marco internacional. Lejos de ser una estrategia aislada, las guerras de género están profundamente conectadas con el nacionalismo, la xenofobia y el desmantelamiento del estado del bienestar. Tras la crisis de 2008, la austeridad, los recortes y la incapacidad de las democracias para poner límites al capital generaron una fractura social profunda. La extrema derecha se ha alimentado de esa herida: del descenso social de las clases medias, de la competencia por recursos escasos y de la desafección institucional. En este contexto aparecen los terrores demográficos, las teorías del reemplazo, la defensa de la familia tradicional y la recuperación de roles de género rígidos.

Las guerras de género son, así, una pieza clave de este engranaje. Atacan los derechos sexuales y reproductivos, las disidencias sexuales —especialmente las personas trans—, la educación sexual, las políticas de igualdad y las leyes contra la violencia machista.

Almudena explicó cómo, a partir de 2014-2015, defensoras de los derechos sexuales y reproductivos de diferentes países comenzaron a detectar patrones comunes: ataques personales, ofensivas contra leyes concretas, campañas coordinadas de desinformación. En el Estado español, esto se tradujo en ataques a clínicas de aborto, a personas trans y a la educación sexual, en paralelo al ascenso de VOX.

Investigando estos vínculos, se hizo evidente que el discurso de VOX replicaba literalmente el de los grupos antigénero como **Hazte Oír**, conectados a su vez con redes internacionales presentes en América Latina, Europa del Este y Estados Unidos. Plataformas como **CitizenGo** o la **Political Network of Values**, impulsada por figuras como el exministro del Partido Popular Jaime Mayor Oreja, forman parte de este entramado global que articula la ultraderecha religiosa, política y económica.

Lo que había comenzado como un fenómeno religioso vinculado al Vaticano en los años

noventa se convirtió, a partir de 2014, en un proyecto político y social. El discurso contra la “ideología de género”, utilizado por figuras como Milei, Meloni, Trump, Bolsonaro o Abascal, funciona como una herramienta extremadamente eficaz para movilizar odio, captar votos e imponer agendas autoritarias al servicio del neoliberalismo.

Uno de los puntos más contundentes fue la idea de que **la extrema derecha no ataca las disidencias solo porque la diferencia genere rechazo, sino porque estas prácticas tienen una capacidad real de desbordar el sistema. La perspectiva queer, las luchas trans y los feminismos rompen los marcos heteropatriarcales y ponen en crisis el modelo social y económico dominante.** Por ello, desde la extrema derecha se defiende la necesidad de restringir la libertad sexual, controlar los cuerpos e imponer agendas morales restrictivas. En cambio, para muchas personas, el sexo no es una cuestión accesorio: es una herramienta de gobierno del presente y del futuro.

En este contexto, Lucas Platero introdujo el concepto de *pánico moral* como una tecnología clave de gobierno. Estos pánicos no son exclusivos de la extrema derecha, sino que atraviesan todo el espectro político. La persecución del trabajo sexual o la pornografía ha llegado también a la socialdemocracia y a instituciones que se presentan como progresistas.

Los pánicos sexuales no tienen que ver con las personas trans o las trabajadoras sexuales en sí, sino con lo que movilizan emocionalmente. Generan miedo, ansiedad, demanda de castigo y vigilancia. Son movilizaciones culturales, estatales, racistas y coloniales que recuperan prácticas de control ya conocidas.

Lucas también habló del **diagonalismo**: cómo determinados discursos reaccionarios circulan transversalmente entre distintos espacios políticos, generando alianzas inesperadas. Mensajes antitrans, antipornografía o antisexo se vuelven intercambiables, aunque las agendas políticas que los sostienen sean diferentes.



A partir de aquí, Andrea Corrales centró el foco en la **pornografía**, uno de los grandes objetivos de los pánicos morales recientes. Andrea criticó que el análisis dominante de la pornografía sea descontextualizado y desmaterializado, centrado únicamente en el significado simbólico de las imágenes. Pensar la pornografía desde un enfoque materialista implica hablar de condiciones de trabajo, de cuerpos, de tecnologías, de objetos, de leyes de extranjería, de desahucios, de transfobia y de violencia policial.

No se puede hablar de consentimiento en la pornografía sin situar a las personas que trabajan en ella dentro de la sociedad,

en lugar de mantenerlas en una zona de excepción. La pornografía, insistió, no es un monstruo externo que corrompe la sociedad, sino una parte de esta sociedad que se insiste en invisibilizar.

En esta misma línea, Sabrina Sánchez puso palabras al estigma histórico que pesa sobre las trabajadoras sexuales. En la cultura occidental, la “puta” ha sido siempre la mujer mala, la que no puede ser madre, la que sirve para marcar los límites de lo que una mujer no debería ser. **Muchas mujeres son insultadas como “putas” simplemente por poner límites**, independientemente de si cobran o no por sexo. Esta figura funciona como una herramienta de control social que atraviesa el consentimiento, el deseo y la posibilidad misma de agencia.

Hacia el final de la mesa, la pregunta se desplazó hacia las estrategias: ¿qué necesitan los feminismos pro-sex para enfrentarse a la extrema derecha global? La respuesta fue clara e incómoda: **abandonar las estrategias de respetabilidad**. Poner buena cara, ser “buenas niñas” y pedir permiso no ha funcionado. Es necesario conocer al enemigo, delimitarlo y atreverse a hablar de sexo, placer y deseo sin tapujos. Se necesitan alianzas reales, interseccionales, que no dejen a nadie fuera, y acciones más directas. Que el miedo cambie de bando.

Las preguntas del público apuntaron a la necesidad de romper con los marcos identitarios estrechos y construir estrategias que conecten con problemas materiales y cotidianos: vivienda, precariedad, fronteras, violencia institucional. No se trata de generar contranarrativas frente a la extrema derecha, sino de crear narrativas propias, basadas en **una idea clara de futuro y vidas dignas**.

ABRIR ESPACIOS PARA SOSTENER EL DEBATE EN COMÚN

El cierre recuperó algunos hilos de las jornadas: el consentimiento como práctica corporal y no solo verbal; la importancia del gesto, del juego y de la exploración; la necesidad de llevar el debate fuera de la academia, hacia los cuerpos, las emociones, las prácticas artísticas y los espacios comunitarios. Frente a la extrema derecha, se insistió, es necesario potenciar nuestro poder de contagio, generar más vínculos y sostener el debate en los espacios militantes. El consentimiento, el deseo y la imaginación política están profundamente conectados. Y precisamente por eso, hoy, son más necesarios que nunca.

También se llevaron a cabo diversos talleres formativos. Por un lado, “Más allá del sí y el no”, con dos sesiones conducidas por Ron Eis, de Consent Rebels, en las que se habló de escucha profunda, consentimiento somático, complacencia y consentimiento, generando un espacio de reflexión práctica y vivencial.

Por otro, el taller “Nombrando lo que es invisible”, también estructurado en dos sesiones e impartido por Alicia Ramos de la Llave, dirigido principalmente a la comunidad LGTBIQ+, en el que se abordaron mitos, estereotipos, narrativas y relatos defectuosos en torno a las relaciones queer; se analizaron las diferentes tipologías de violencias —incluidas las específicas que afectan al colectivo— y el ciclo de la violencia; y se reflexionó

sobre las barreras sociales para reconocerlas, utilizando materiales audiovisuales, casos reales y dinámicas grupales para ayudar a visibilizar estas violencias y ofrecer recursos de detección y apoyo.

Las mesas no ofrecieron definiciones cerradas ni recetas universales. Ofrecieron herramientas, relatos, tensiones y preguntas compartidas. Mostraron que el consentimiento disidente no es una ampliación del modelo dominante, sino otra manera de hacer, otra forma de relacionarnos con el deseo, el riesgo y el cuidado. No hay soluciones rápidas. Hay procesos abiertos y una conciencia clara de que estos proyectos están work in progress y que necesitan escuchar voces que aún no están suficientemente en el centro. Preguntarnos quién queda fuera, todavía, de nuestros espacios de placer, y qué nos dice eso sobre los límites de nuestro transfeminismo. Una jornada que nos incomodó, nos movió, nos obligó a escucharnos y a responsabilizarnos. Y, quizá, es precisamente ahí donde reside su fuerza política.

Porque, al fin y al cabo, **¿qué pasaría si dejáramos de buscar respuestas definitivas y aceptáramos que el consentimiento es una práctica que solo puede existir si seguimos hablándolo y debatiéndolo juntas?** Hablar de consentimiento, como se hizo evidente a lo largo de los dos días, solo puede sostenerse colectivamente.

PARA PROFUNDIZAR:

Libros de ensayo

Los pánicos morales de género. Las personas trans como chivo expiatorio, de Konstantinos Argyriou (Bellaterra, 2025).

Biopolítica del armario, de Javier Sáez del Álamo (Bellaterra, 2024).

Putas imágenes, d'Andrea Corrales (Bellaterra, 2025).

Germana al marge, d'Audre Lorde (Manifest, 2024).

Món hetero, de Montserrat Roig (Edicions 62, 2024).

La reificación del deseo. Hacia un marxismo queer, de Kevin Floyd (Kaòtika, 2023).

Contra la cancelación. Y otros sueños de justicia transformativa, d'Adrienne Maree Brown (Bellaterra, 2025).

El prisma de la prostitución, de Gail Pether-son (Bellaterra, 2023).

Fuego queer, d'Ed Mead i Rita "Bo" Brown (Imperdible, 2017).

Fenomenología queer, de Sara Ahmed (Bellaterra, 2019).

El cuerpo deseado, d'Andrea García Santes-mases (Kaòtika, 2023).

Teoría crip. Signos culturales de lo queer y de la discapacidad, de Robert McRuer (Kaòtika, 2021).

La respuesta a todo lo que le preguntarías a una tía trans, de Valentina Berr (Egales, 2023).

Libros de ficción

Toca'm a les fosques, d'Ian Bermúdez (Vincle editorial, 2025).

En la casa de los sueños, de Carmen María Machado (Anagrama, 2021).

Su cuerpo y otras fiestas, de Carmen María Machado (Anagrama, 2018).

Todos estos libros están disponibles para préstamo y/o consulta en el Espao Memòria, ubicado en la segunda planta del Centre LGBTI de Barcelona (Comte Borrel, 22). Puedes visitar el Espai Memòria los lunes, martes, jueves y viernes de 17 a 20h y los miércoles de 10 a 13 h.



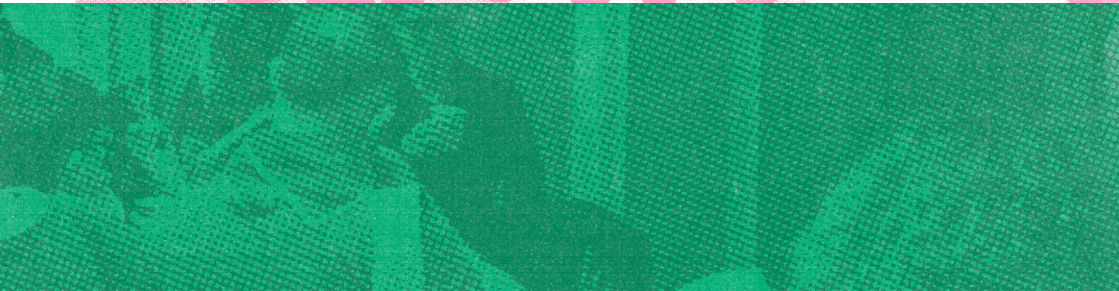
Este material ha sido elaborado por La Pera Comunicació SCCL, a partir de la jornada “Consentiments dissidents. Espais, afectes i pràctiques queer”, celebrada en el Centre LGTBI los días 20 y 21 de noviembre.

El contenido recoge y se nutre de las inter-venciones de: Abel Huete, Alicia Ramos de la Llave, Alba Pons Rabasa, Almudena Rodríguez, Andrea Corrales, Bolleras al Vapor, E/Urko, Elena Prous, Gabriel Falcón Marrero, Grup de Recerca Cos i Textualitat de la Universitat Autònoma de Barcelona, Héctor González Quiles, Javier Sotomayor, La Mala, Laura Vila Kremer, Lucas Platero, Lucrecia Masson, Miriam Solà, Ron Eis de Consent Rebels, Sabrina Sánchez, Trevor Hoppe, Valentina Berr i Zonas Grises.

Creación de contenido, diseño gráfico, ma-quetación, ilustración y traducción al caste-llano: La Pera Comunicació

Fotografías de ©Centre LGTBI de Barcelona





CONSENTIMIENTOS DISIDENTES ESPACIOS, AFECTOS Y PRÁCTICAS QUEER

ORGANITZA:



Centre
LGTBI
Barcelona

Plataforma
LGTBIcat

laboratori
de
**ZONAS
GRISÉS**
comunitari



cuerpo y Teoría del Deseo

AMB EL SUPORT DE:

UAB
Universitat Autònoma
de Barcelona



ICREA